



Los dichos de Jesús



Bienaventurados los pobres...

La inmensa mayoría de las culturas ha considerado –y sigue haciéndolo- bienaventurados y felices a los ricos.

A aquellos que pueden vivir sin preocuparse por el mañana.

Si tienes que vivir preocupado y angustiado por si podrás comer mañana, resulta evidente que no eres feliz y mucho menos “bienaventurado” porque el futuro se presenta negro, suponiendo que te quede capacidad para pensar en el futuro.

Jesús rompe los “lógicos esquemas humanos”, declarando bienaventurados a los pobres.

Nos presenta los incomprensibles caminos de Dios.

Dios no quiere la pobreza ni la riqueza

Sería una deformación inaceptable del ser de Dios pensar que Él quiere la pobreza para sus hijos.

La pobreza lleva a condiciones de vida infrahumanas que Dios como Padre/Madre de la humanidad no puede aceptar y le remueven sus entrañas cuando ve a sus hijos e hijas sufrir necesidades, vivir de forma inhumana, morir antes de tiempo.

Pero Dios es también consciente de que la riqueza lleva a anular la humanidad de la persona: la hace sentirse superior a los demás, rom-

pe la fraternidad, crea estructuras de dominio y opresión, lleva a crear muros para defenderse del pobre...

El otro, el que tiene menos, el pobre se convierte en una amenaza.

El rico se convierte en inhumano. Incapaz de relacionarse de igual a igual con quien tiene menos. Ése (el pobre) se ha convertido en una amenaza para su bienestar

Riqueza y pobreza se han constituido en los grandes enemigos de la voluntad de Dios: que todas las personas sean felices.



Una antigua historia

Había una vez un asceta indio que acudió a una buena escuela y aprendió lo poco que necesita el que lleva la humildad de vida de los monjes. Tras terminar su formación, regresó al mundo. Pasado un tiempo, advirtió que por la noche, mientras dormía, los ratones se comían su taparrabos, el único bien que poseía.

Para conservar su taparrabos, mendigó un gato que ahuyentara a los ratones. Pero el gato necesitaba leche, así que mendigó leche para el gato que expulsaba a los ratones que se comían su taparrabos. Con todo, resultaba demasiado fatigoso mendigar a diario leche para el gato.

El asceta cayó en la cuenta de que sería mucho más ventajoso mendigar una vaca que le diera la leche que necesitaba para alimentar al gato que asustaba a los ratones que roían su taparrabos. Pero

como las vacas necesitan mucho alimento, también tendría que mendigarlo.

Era más práctico mendigar una pradera para que pastara la vaca que daría la leche que necesitaba el gato que espantaba a los ratones que se comían su taparrabos.

Después necesitó gente que cuidara de su pradera, y comida y alojamiento para las personas que trabajaban en ella. También necesitó hombres que mantuvieran el orden en la casa en la que trabajaban las personas que cuidaban la pradera... Así pasó el tiempo.

Un día su maestro decidió hacerle una visita, y lo que vio lo dejó boquiabierto. «Pero, ¿qué has hecho con tu vida?», le preguntó. «Maestro, le explicó el discípulo, no te lo vas a creer: éste es el único modo que había de conservar mi taparrabos».

El difícil arte de ser felices

Para ser felices poco necesitamos. Casi nada.

A veces nos damos cuenta y asumimos una vida austera y sobria.

El peligro empieza cuando pensamos que necesitamos defendernos, aunque sea de unos míseros ratones.

Cuando entramos en la dinámica de defendernos, empezamos a hundirnos en un pozo sin fondo.

Cada vez necesitaremos más medios de defensa... empezamos a crear muros, van apareciendo nuevas "necesidades" que parecen in-

evitables... nos empezamos a rodear de cosas que se van convirtiendo en una prisión.

El aire nos empieza a resultar irrespirable. Pero hemos llegado a la conclusión de que esa prisión es necesaria para preservar aquella libertad que teníamos al principio.

Sin darnos cuenta perdimos aquella felicidad que experimentamos al inicio y ahora se ha convertido en una esclavitud que nos lleva de nuevo a vivir angustiados por el mañana.

La Palabra de Dios



“Felices vosotros, los que habéis elegido ser pobres, porque vuestro es el Reino de los cielos”

(Mt 5, 3)

“Bienaventurados los pobres, a vosotros pertenece el Reino de Dios”

(Lc 6, 20)

Es fundamental tener en cuenta que Jesús no declara “felices” a los pobres por necesidad, o porque otros los hayan convertido en pobres.

Con frecuencia nos movemos con una visión “masoquista” de Dios.

La felicidad está prometida a aquellos que eligen ser pobres. Se trata de una elección querida y que tiene una clara finalidad.

Hay un tipo de pobreza que lleva a la felicidad.



El mensaje de Jesús

Jesús tiene claro que la pobreza que lleva a la persona a ser feliz es la que nace de la solidaridad.

La pobreza de aquel que renuncia a acumular bienes para compartir con los demás y que nadie pase necesidad. Es feliz quien se “empobrece” para ser solidario.

Sin duda Jesús tenía en su mente las palabras escritas hacía siglos por el profeta Isaías:



*“El ayuno que yo quiero es éste:
Abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos,
romper todos los cepos;
partir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo,
y no cerrarte a tu propia carne.
Entonces nacerá una luz como la aurora,
enseguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino la justicia,
detrás irá la gloria del Señor”.*

(Is. 58, 6-8)



La solidaridad es la pobreza que lleva a la felicidad

Para trabajar personalmente y en grupo

Es voluntad de Dios que seamos felices, pero es necesario preguntarnos en qué basamos la búsqueda de la felicidad.

- ✓ ¿Cuáles son los criterios que usamos para decir que una persona es feliz?
- ✓ ¿Nos hemos planteado que nuestra solidaridad con los necesitados puede marcar nuestro grado de felicidad?
- ✓ Jesús dice que al que tiene (solidaridad) se le dará más y al que no la tiene se le quitará (perderá) hasta lo que tiene. ¿Qué valor damos a los criterios evangélicos ?